



August 16, 2020

20th Sunday of Ordinary Time

...A Canaanite woman of that district came and called out... –Matthew 15:22

Dear Friends;

The Catholic, Southern American writer, Flannery O'Connor once remarked, "*Conviction without experience leads to harshness.*" One of the many things that divide us is our lack of knowledge of one another. We often live in our own self-reinforcing bubbles that isolate us from experiencing others who are different. This is amplified by social media.

It is easy to judge those we do not know. In the book *Race in the Mind of America* historian Paul Wachtel writes, "The real meaning of race comes down largely to this: *Is this someone I should care about?*" This same question can be asked when applied to all issues of exclusion: sex, gender, religion, nationality, language and culture.

Who should we care about? Objections to programs that benefit others: universal healthcare, housing or education often comes down to our feelings. We don't want someone getting something we decide they do not deserve. Our judgments come before the experience of the other. Every group is tempted to decide those who are "in"—those for whom we should care; and those who are "out"—those for whom we do not need care. Fear of the other drives the process.

We see these dynamics at work in our passage from Matthew, in the story of the Canaanite woman. Jesus had told his disciples that his mission is to the "Lost House of Israel." In other words, Jesus feels his mission is only to Jewish folk. Healings, miracles and forgiveness is for them. He tells the disciples to avoid Samaria (heretics) and pagan territory (idolaters).

Yet today, Jesus and his group find themselves in Tyre and Sidon, pagan territory. Why? He just had a heated interaction with the Pharisees. Possibly the argument moved Jesus to go to neutral territory and escape the controversy. There Jesus and his disciples encounter a woman of the region. She was not a Jew, worshipping the "One True God." She worshipped the gods of her region. Her spirituality, to pious Jews, would seem distorted. Approaching Jesus, she risks ridicule and abuse. But she recognizes Jesus as a representative of God, by whatever name. She decides to place her commitment and loyalty in the God of Jesus.

The disciples urge Jesus to send her away. She is not one of them. She keeps calling out. She addresses Jesus with titles of respect and she makes her plea. But Jesus responds with a label that Jews called non-Jews. He calls her a dog. But this does not stop the woman. (And in the only time in the Gospel that someone gets the better of Jesus in a discussion) she responds, "*Yes, but even the dogs get to eat the scraps from the table.*" You can almost see Jesus break out in a smile and say "*You got me, great is your faith.*" Jesus' cultural biases melt away with his encounter of this woman.

What the woman shows us is that faith is not about doctrines. Faith is trust in God. Her faith cuts through the historical baggage of race, religion, and culture. And she opens the door for the human Jesus to recognize a new dimension to his mission—an outreach to non-Jews. This outreach will continue after the resurrection. The unsettling (for Israelites) prophecy of Isaiah is that foreigners and strangers will come to know and worship God. This now begins with Jesus.

In his book *Racial Justice and the Catholic Church*, Fr. Bryan N. Massingale writes, "*Social life is made by human beings. The society we live in is the outcome of human choices and decisions. This means human beings can change things. What humans break, divide, and separate, we can—with God's help—also heal, unite and restore. What is now does not have to be. Therein lies the hope. And the challenge.*"

Peace,

Fr Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com



16 de Agosto, 2020

XX Domingo en Tiempo Ordinario

... Una mujer cananea de ese distrito vino y clamó... -Mateo 15:22

Queridos Amigos;

El escritor Católico de la parte Sureña de los Estados Unidos Flannery O'Connor una vez comentó: *"La convicción sin experiencia conduce a la dureza"*. Una de las muchas cosas que nos dividen es nuestra falta de conocimiento del uno al otro. A menudo vivimos en nuestras propias burbujas de auto-reforzamiento que nos aíslan de experimentar a otros que son diferentes. Esto es amplificado por las redes sociales.

Es fácil juzgar a aquellos que no conocemos. En el libro *"La Raza en la mente de América"*, el historiador Paul Wachtel escribe: "El verdadero significado de la raza se reduce en gran medida a esto: *¿Debería de preocuparme por esta persona?*" Esta misma pregunta se puede hacer cuando se aplica a todas las cuestiones de exclusión: sexo, género, religión, nacionalidad, idioma y cultura.

¿De quién debemos preocuparnos? Objeciones a programas que benefician a otros: la atención sanitaria universal, la vivienda o la educación a menudo se reducen a nuestros sentimientos. No queremos que alguien obtenga algo que decidimos que no se merece. Nuestros juicios vienen antes de la experiencia del otro. Cada grupo se siente tentado a decidir a los que están "en", aquellos a quienes debemos preocuparnos; y aquellos que están "fuera", aquellos para quienes no necesitamos atención. El miedo al otro impulsa ese proceso.

Vemos estas dinámicas en nuestro pasaje de Mateo, en la historia de la mujer Cananea. Jesús había dicho a sus discípulos que su misión es a la "ovejas perdidas de la casa de Israel". En otras palabras, Jesús siente que su misión es sólo para la gente judía. Sanaciones, milagros y perdón es para ellos. Les dice a los discípulos que eviten Samaria (herejes) y territorio pagano (idólatras).

Sin embargo, hoy, Jesús y su grupo se encuentran en Tiro y Sidón, territorio pagano. ¿Por qué? Acaba de tener una fuerte discusión con los fariseos. Posiblemente el argumento movió a Jesús a ir a territorio neutral y escapar de la controversia. Allí Jesús y sus discípulos se encuentran con una mujer de la región. Ella no era judía, adorando al "Un Dios Verdadero". Ella adoraba a los dioses de su región. Su espiritualidad, para los judíos piadosos, parecería distorsionada. Acercándose a Jesús, corre el riesgo al ridículo y al abuso. Pero ella reconoce a Jesús como un representante de Dios, por cualquier nombre. Ella decide colocar su compromiso y lealtad en el Dios de Jesús.

Los discípulos instan a Jesús a enviarla lejos. Ella no es una de ellos. Sigue llamándole. Ella se dirige a Jesús con títulos de respeto y hace su súplica. Pero Jesús responde con la palabra que los judíos etiquetaban a los no Judíos. La llama Perra. Pero esto no detiene a la mujer. (Y en la única instancia del Evangelio en que alguien saca lo mejor de Jesús en una discusión) responde: *"Sí, pero hasta los perros pueden comer los restos de la mesa."* Casi se puede ver a Jesús estallar en una sonrisa y decir *"Con esa me agarraste, grande es tu fe."* Los sesgos culturales de Jesús se desvanecen en su encuentro con esta mujer.

Lo que la mujer nos muestra es que la fe **no** es acerca de doctrinas. La fe es confianza en Dios. Su fe atraviesa el bagaje histórico de la raza, la religión y la cultura. Y abre la puerta para que el Jesús humano reconozca una nueva dimensión de su misión, un acercamiento a los no judíos. Este alcance continuará después de la resurrección. La inquietante profecía (para los israelitas) de Isaías es que los extranjeros y los extraños llegarán a conocer y adorar a Dios. Esto comienza ahora con Jesús.

En su libro *Justicia racial y la Iglesia Católica*, el P. Bryan N. Massingale escribe: *"La vida social es hecha por seres humanos. La sociedad en la que vivimos es el resultado de las decisiones humanas. Esto significa que los seres humanos*

pueden cambiar las cosas. Lo que los seres humanos rompen, dividen y separan, podemos, con la ayuda de Dios, también sanar, unir y restaurar. Lo que es ahora no tiene que ser. Ahí está la esperanza. Y el desafío".

Paz,

Fr Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com